

EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Octubre 15 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 11.

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMÍREZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNDÉCIMO

—
EN EL MAR

QUÉ ligero pasa el tiempo! Con cuánta rapidez se curan las heridas en el corazón de las jóvenes! Poco más de un año ha transcurrido.—Es la Marta sencilla, apasionada y melancólica, de las Alamedas, aquella elegante parisiense, artísticamente ceñida en su vestido violeta, risueña y festiva, que pasea sobre la cubierta del moderno leviathan, en pleno océano, bajo los rayos tropicales del sol poniente, suavemente apoyada en el brazo de un caballero de porte distinguido, con cintas de condecoraciones nobiliarias en la solapa de su levita cruzada? Pero no hay que precipitarse para formar malos juicios. El Barón Romberg (recien nombrado Ministro Residente de S. M. el Emperador de Austria y Rey de Hungría ante el Gobierno de la República Argentina) no es el esposo, y ni siquiera el novio de Marta Valdenegros.—*Honni soit qui mal y pense!* dice el austriaco sonriendo, cuando los compañeros de viaje insinúan interpretaciones temerarias sobre las asiduas atenciones con que obsequia á la interesante viajera.

Sin embargo... pobre Jorge Parler!—Su imagen está radicalmente borrada del corazón de Marta.—Allá, en la pampa argentina, consagrado al trabajo y al cuidado de su anciana madre, cuyo reumatismo se agrava dolorosamente de invierno en invierno, suele adormecerse con el pensamiento dulce de que fué generoso y excesivo al decirle á la nieta de los opulentos Valdenegros que á su edad solo habia caprichos y quimeras, pasiones más efímeras é inconsistentes que las plantas de una sola estación!—La flor de los primeros amores de Marta no habia resistido al soplo de los vientos acres del Océano;—llegó marchita á las grandes capitales de Europa, y allí quedó perdida en el vértigo bullicioso de las impresiones que dominaban fácilmente aquel organismo nervioso, aquel carácter fantástico.—Su corazón estaba ya vacío, y su imaginación luchaba todavía por salvar el prestigio de una pasión que habia revestido para ella encantos avasalladores y dramáticos.—¿Estaba solamente aturdida por el ruido colosal y el espectáculo deslumbrante de las Babilonias del siglo?—Quiso viajar;—quiso conocer los sitios donde los personajes de sus libros favoritos cristalizan ensueños de melancolía amorosa.—Visitó los Alpes, buscando las huellas de Lelia. Surcó las aguas del Lago Lemán, para recoger los suspiros de Elvira, y las ondas del mar de Sorrento para oír en ellas el sollozo de Graziella. Carlos Nodier la llevaba á Venecia, y Chateaubriand á Roma... Ay! la imagen de Jorge Parler era demasiado modesta

para asociarse á tan grandes recuerdos.... Estos mismos recuerdos se desvanecían en la sucesión de impresiones nuevas y vivaces que dispersaban el espíritu de Marta, arrebatando la base concentrada de los sentimientos hondos y de los pensamientos graves.—Cuando resolvió volver á París, lo hizo comprendiendo que su delirio habia pasado, y abrazó á doña Emilia, riendo, saltando, para decirle: «Se fueron ya los pájaros; la jaula está vacía.»—Y doña Emilia lo creyó, no porque Marta lo dijese, sino porque ella misma lo veía, en la desbordante actividad con que la joven procuraba llenar los renacientes y vagos anhelos de su alma inquieta.

Aquellos incomparables abuelos habian sido ciegos y fieles ejecutores de las voluntades de Marta.—Cuando doña Emilia se convenció de que esta se encontraba en plena convalecencia de la tifoidea amorosa, creyó llegada la oportunidad de revelar á don Francisco el secreto de las Alamedas. Asombro, estupefacción del noble anciano!—No daba de sí su inteligencia lo bastante para apreciar todo el alcance de aquel romántico episodio.—Se permitía quejarse de la ocultación que habia hecho doña Emilia.—Sentía un escrúpulo retrospectivo; creía que debió consultarse al médico, pero no al doctor Nugués, antes de haber contrariado las inclinaciones de Marta cuando estaban tan recientes las huellas de su terrible enfermedad.—Inquiría todos los detalles del asunto, con una vivacidad que no le era habitual.—A veces, despuntaba en él una cierta veleidad de indignación que él mismo no sabia explicarse contra quien se dirigía, y otras, las menos, se atrevía á insinuar si no habria sido preferible dejar obrar la voluntad de la Divina Providencia, manifestada por la ardiente simpatía que el mayordomo Jorge Parler habia infundido en el corazón de la nieta idolatrada.—Doña Emilia trataba de tranquilizarlo, demostrándole que ya estaban salvados todos los peligros, y que Marta no tardaría en reír ella misma de sus insensatos devaneos.—Entretanto, uno y otro, creían cumplir un santo ministerio obedeciendo los caprichos de locomoción de Marta, para curarla de aquel filtro, inoculado en las Alamedas, y que pugnaba por robarles el alma de la niña, ya que la muerte habia respetado su cuerpo!—Allá iban, fuertes, alegres, recorriendo el mundo sin salir ellos mismos del pequeño mundo en que tenían reconcentrada la existencia; y se sentían capaces de llegar hasta los últimos lindes de la tierra en compañía de la soñadora enferma.—Y Marta, reconcentrada en sí misma, ó arrebatada por el torrente de sus volubles deseos, con ese egoísmo inconciente que la fuerza de las pasiones imprime al corazón en los primeros años de la juventud, apenas comprendía el inmenso cariño y la ilimitada abnegación de sus abuelos; apenas acertaba á recompensarlos con gestos y palabras intermitentes de zalamería juguetona!

Al fin, bajo las apariencias ruidosas y brillantes de la vida de París, comenzó á sentir el vacío la caprichosa porteña.—¿Qué habia allí dentro? Nada que cautivase energicamente su alma.—Marta se fatigaba de vivir constantemente arrebatada por un rápido torbellino de sensaciones esternas.—No reconocían valla sus antojos, y por lo mismo, faltábale estímulo para renovarlos.—Poco á poco, fué invadiendo su alma el recuerdo de Buenos Ai-

res. En el *Boulevard des Italiens* se le atravesaba la calle Florida. Los sauces de Palermo despuntaban entre las arboledas del *Bois de Boulogne*.—En la Gran Opera, Colon aparecía con los recientes triunfos de Gayarre.—¿Y qué eran, qué valían, aquellos bailes ceremoniosos y anónimos del Eliseo, cuando Marta llegaba á compararlos en su imaginacion alocada con los bailes del Club del Progreso, donde por primera vez penetraría, de todos conocida, con el prestigio novelero de su juventud, de su belleza, de su fortuna, y sus recientes viages por Europa?—Orfilia Sanchez, ya casada, le escribía de tiempo en tiempo, dándole noticias muy sabrosas de todo lo que ocurría en Buenos Aires. No podía Orfilia confiar á una carta cierto secreto conyugal... y lo decía, y Marta se desesperaba ya con el deseo de abrazar á su amiga y contemplar en el regazo materno la próxima solucion de aquel enigma.—Decididamente, habia sonado la hora de la vuelta á la ciudad natal, y Marta lo hizo saber con toda solemnidad á los abu ellos.

Ellos, á decir verdad, no querian otra cosa, salvo el temor, poco fundado, de una resurreccion de simpatias plebeyas, provocada por la proximidad del antiguo objeto amado.—Don Francisco estaba muy aburrido de la vida europea.—Era, sin embargo, imparcial.—Reconocía que en Europa, y particularmente en París, habia cosas buenas;—pero él, francamente, extrañaba todas las cosas de Buenos Aires. Esto, acabó de comprenderlo y sentirlo profundamente, desde que Marta promovió la idea del regreso.

Por otra parte, extraordinarias circunstancias favorecían la iniciativa de la jóven.—Doña Dorotea Valdenegros habia muerto, no sin antes tener la satisfaccion de saber que Rodolfo habia ido á ocupar su puesto en la legacion de Washington, sin detenerse disipadamente en París, y que el jefe de la legacion lo encontraba encantador.—Al saber la noticia de la muerte de su madre, el jóven *attaché* habia pedido y obtenido licencia para ir á Buenos Aires, á recoger su patrimonio, comunicando esto mismo, en una carta muy sentida y respetuosa, al señor Valdenegros.—Había en la fortuna de éste cierta complicacion de intereses con la que heredaba Rodolfo,—y en consecuencia, deseaba don Francisco ir á encontrarse con su sobrino, para dejarlo todo definitivamente arreglado.

Atractivo de otro género ofrecía en aquellos momentos Buenos Aires.—Se acercaba el día de la proclamacion del futuro Presidente.—Don Francisco hubiera creído más bien en la destruccion del mundo que en la derrota de su candidato.—Puesto que de Marta misma partía la iniciativa de la vuelta,—qué mejor coyuntura para ir á participar de los placeres del triunfo—Doña Emilia, especialmente, sabia valorar esa faz de la oportunidad del viage. Había concobido esta idea: dar en Buenos Aires un baile, con toda la magnificencia de los bailes del Presidente MacMahon, y con el doble objeto de solemnizar la segunda presidencia del vencedor de Pavon y estrenar en sociedad á Marta Valdenegros,—dos sucesos culminantes, que doña Emilia hermanaba y acariciaba en orden inverso al que acababa de quedar establecido... En viage, pues!

El que les tocó, tenía mucho de extraordinario. Varios diplomáticos se hallaban reunidos casualmente en aquel vapor de la Compañía del Pacífico, para ir á ocupar sus puestos respectivos en diferentes ciudades de Sud América.—Era el Conde Chozel, Ministro Belga en Rio de Janeiro,—viejo verde, carnoso, de color encendido y barba gris, cultor infatigable del *calembourg* y del chiste,—con su esposa y dos señoritas, excesivamente rúbias, excesivamente rosadas, madre é hijas, de un tipo desabridamente flamenco.—Era el Marqués de Fermont,—otro satisfecho, pero más tranquilo, con aire magestuoso repartido entre su abdomen y sus grandes patillas abiertas de color avellana,—acompañado de su esposa, la Marquesa de Fermont, *née Chavigny*,—dama esbelta de 35 años de edad, cuyo rostro parecería muy hermoso

si ella supiera cubrirse la nariz y la boca con el abanico como cuentan que lo hacen las *manolas*, y cuyo cuerpo revelaría una gracia irreprochable si sus rápidos movimientos girasen sobre base más ligera que la de sus largos piés.—Era el Baron de Scholz, Ministro del Imperio Aleman en Lima, viejo solteron de rostro enjuto, alto, ágil y nervudo, revelando en las formas de su cuerpo los grandes ideales que inspiraban su existencia: la esgrima, la gimnástica y el wals.—Era, por último, aquel Baron Romberg, que ahora pasea en la cubierta, del brazo de Marta Valdenegros,—jóven de edad un tanto equívoca, tal vez no jóven, de pequeña talla, delgado y flexible, con facciones muy finas, tez delicada, tirando á morena; cabello castaño y muy escaso, y muy ceñido al cráneo, bigote tieso y perpétuamente eucurado, ojos pequeños y oscuros, frecuentemente armados con un lente que su dueño esgrime, talvez no tanto por la debilidad de la vista, como por lucir la mano diminuta, satinada y pálida que debe sostenerlo.

Mas los miembros del cuerpo diplomático europeo no son al fin y al cabo una novedad sorprendente para los hijos del Plata.—La maravilla del viage eran aquel Emperador y aquella Emperatriz, que regresaban de su primer paseo á Europa, con su correspondiente séquito, el *camarista*, el *guarda-ropa*, el *veador*, la *dama de honor*, el *médico*, el *mayordomo de la casa imperial*, y numerosas personas de servicio.—Un emperador visto de cerca! Y aquel tenía todos los aires de tal, con su elevada estatura, su cabeza grande, su larga barba blanca, y su palabra impregnada de la benevolencia que se adquiere con la indisputada superioridad del rango.—Se le veía, seguido con obsecuente curiosidad, bajar al departamento de las máquinas, donde se hacia explicar por los ingenieros detalles minuciosos de aquel formidable y gigantesco organismo de metal, solicitando aclaracion de los puntos oscuros en las explicaciones que le daban, aventurando objeciones, evocando el recuerdo de las primeras manifestaciones rudimentarias de la máquina á vapor. Eran objeto de cierto espionaje frívolo sus largas conferencias con el capitán del buque, dedicadas á observaciones y discusiones astronómicas.—Mayor interés aun se cernía alrededor de su persona, cuando iba al departamento de los pasajeros de tercera clase, y permanecía allí largo tiempo, preguntando á todos los emigrantes su origen y su profesion, las causas de su emigracion, los motivos de la eleccion del país á donde se dirigía cada cual, las ambiciones que en cada cual bullían, todo lo que parecia adecuado al interés de un activo agente de inmigracion para su propio imperio... Estas graves ocupaciones no le impedían, sin embargo, dar acceso fácil y cortés á la parte selecta de sus compañeros de viage, hablando siempre el idioma de su interlocutor, con rasgos de perfecto caballero, y sin más deficiencia que cierta *gaucherie* en la manera de dar la manó, cosa que sucede á los que no la dan con frecuencia, por estar excesivamente abajo, ó excesivamente arriba.

A los pocos días de empezar el viage, habia el Emperador manifestado dos predilecciones personales.—Hijo de una archiduchesa de Austria, justo era que hiciera distinciones con el diplomático austriaco, aquel Baron Romberg, tan fino, tan cortesano, y más sério al mismo tiempo que sus colegas de á bordo.

La otra predileccion era, por el Sr. Valdenegros.—En él honraba S. M. al representante de la plutocracia porteña, como prenda de amistad entre dos pueblos que necesitan parecer amigos á fuerza de serlo en realidad muy poco.—El séquito del Emperador le habia hecho conocer á ésta aquel rasgo fisonómico de don Francisco; y lo conocía el séquito por referencias prolijas de don Alejo Nuñez, caballero argentino, de la Provincia de Santa Fé, hombre de fortuna él mismo, que venía de echar algunas canas al aire en las capitales europeas, y no se cansaba de ponderar, con cierto entusiasmo estético, las riquezas de la familia Valdenegros.—Don Francisco estaba profundamente grato á las atenciones del Emperador, y las correspondía con respeto exagerado,

siempre temeroso de infringir alguna regla del ceremonial de la corte, que el soberano era el primero en olvidar.—No sentía doña Emilia tanto apocamiento en sus relaciones con la Emperatriz.—Patricia altiva de Buenos Aires, se dejaba dominar por el prurito de tratar de igual á igual á aquella *augusta persona*, y pasó muchos días sin desarmarse y rendirse ante la bondad ingénue, franca, casi burguesa, de aquella escepcional Emperatriz; pero al fin se rindió, quedando persuadida de que las emperatrices pueden ser también esposas, madres, abuelas, excelentes señoras! A veces, mientras el Emperador y don Francisco paseaban juntos sobre cubierta, el uno su vejez prematura y el otro su vejez bien conservada, rivalizando en aire noble y digno,—la Emperatriz y doña Emilia, sentadas en sillones contiguos, contemplaban á sus maridos con emulacion recíprocamente satisfecha!

Hablábase trabado las simpatías y las relaciones con esa rara facilidad de los encuentros de un viaje.—El conde Chozel y don Alejo Nuñez, que se veían á bordo por primera vez, fueron muy pronto íntimos amigos.—Es don Alejo, hombre rico y sin familia, progresista en materia rurales; había ido á Europa con el objeto declarado de estudiar un sistema conveniente para mejorar las crias de sus establecimientos de campo; pero á juzgar por sus conversaciones reservadas con el Conde Chozel, más que de la raza ovina, bovina y caballar, se había preocupado en sus viajes de cierta parte de la raza humana.—Era un hombre que frisaba en el medio siglo, sólido de cuerpo, con una cara monumental y una gran calva lustrosa, á guisa de cúpula.—Stein habría podido caricaturarlo en *El Mosquito*, con solo emplear tres líneas curvas de progresiva eminencia horizontal, representando la destacada nariz, el ampuloso bigote teñido y el abdomen repleto de fruiciones sensuales.—El señor Nuñez y el señor Conde debían contarse cosas preciosísimas, porque á menudo sus carcajadas resonaban sobre el inmenso rumor de aquel hotel flotante, y volvían á la rueda de la sociedad selecta con los ojos enrojecidos por el lagrimeo de una prolongada hilaridad.

El grupo de los diplomáticos estaba naturalmente formado. Dos de ellos, que ya conocían la América del Sur, explicaban á los otros dos las costumbres y los usos del país donde iban á residir estos últimos.—Protestaban con sinceridad contra la afirmacion vulgar de que los países sud-americanos se encuentran todavía en pleno estado de barbarie, demostrando con muy buenas razones que había en ese concepto mucha parte de exageracion.—No rara vez aquellos cuatro diplomáticos discutían gravemente, y sobre materias diversas. El mismo Conde Chozel se ponía serio y tomaba aplomo en tales emergencias. Discutían; pero, dado el espíritu conciliador y transigente que desenvuelve el ejercicio de la diplomacia, arribaban casi siempre á conclusiones prácticas y satisfactorias... Por ejemplo... que no hay manjar en todo el mundo como el pescado que se come en Constantinopla.

La relacion particular del Baron Romberg con Marta Valdenegros también está muy indicada por la fuerza de las circunstancias.—El Baron va por primera vez á Buenos Aires, á ocupar un alto puesto diplomático; es soltero y relativamente joven.—¿Qué extraño entonces que dedique singulares atenciones á aquella distinguidísima señorita de Buenos Aires, en viaje hacia la misma capital?—El Baron Romberg es la quinta esencia de la cultura social y sabe comprender en aquel caso los muy amables deberes de su posición.—Cuando pasean del brazo, en las tardes inflamadas ó en las noches rutilantes de los trópicos, se cambian recíprocamente sus impresiones de viaje.—Marta habla preferentemente de la naturaleza. El Baron Romberg habla de las cortes europeas, cuyas intimidades sabe al dedillo. Conversan en lengua castellana, bien que la nieta de los Valdenegros posea el francés con tanta perfección como el diplomático austriaco.—Este ha pertenecido á la legacion de Madrid durante largos años; —sabe pronunciar la *c* y la *v*, y conoce al mismo tiempo muchos de los modismos americanos, pues también ha sido Encargado

de Negocios en Méjico, durante el reinado de Maximiliano.—Oh! Maximiliano! Era este desgraciado Emperador uno de los temas favoritos de las conversaciones del Baron Romberg. Bóllimo sujeto! una víctima de Napoleon III! Lo había acompañado hasta la tragedia de Querétaro.—Estaban ligados por una estrechísima amistad.—El Baron dejaba entender que si el Emperador de Méjico hubiese seguido á tiempo los consejos del Encargado de Negocios de Austria-Hungria, probablemente habría podido impedirse la sangrienta catástrofe... Interesábase Marta sobremanera en los detalles referentes á la Emperatriz Carlota, más infortunada en vida que su esposo en la muerte.—El Baron Romberg,—valga la fé de su palabra diplomática,—había sido en sus relaciones con la Emperatriz, *dentro de la intimidad más respetuosa* (y el señor Baron acentuaba con solemnidad la frase) todo lo que un hombre joven puede ser respecto de una mujer todavía más joven.—Recientemente, la había visitado en el castillo de Bouchoute... Destrozaban el alma las desventuras de aquella augusta loca... Marta no podía contener las lágrimas!

Aquel Baron Romberg tenía un arte especial para hacer sonar la nota de sus grandezas personales en todas las conversaciones que se suscitaban. Un día, estando todos en rueda, se habló de los muchos nombres que usan los brasileros, y el Baron se apresuró á decir:—«En todas las familias nobles son de rigor los muchos nombres; yo me llamo: Ricardo—Clemente—José—Lotario—Herman»—Y despues, en voz más baja, que Marta, estando á su lado, oía distintivamente, añadió con aire indiferente:—«Son los mismos nombres del actual Principe de Metternich».—«¿Qué casualidad!» exclamó Marta.—«No, casualidad no.—Mi padre era secretario del gran Principe de Meternich, y quiso dar á su hijo los mismos nombres que aquel había dado al suyo... algunos años antes... El Principe es mayor... y no quiere nunca confesarlo... tenemos con eso gran jarana!»

Era muy aficionado á referir episodios políticos y anécdotas de corte; los refería muy bien, y encontraba siempre oportunidad de matizar el relato con florescencias de este género: «como el Rey me distinguía mucho»—«como la reina me favorecía con su amistad»—«ese día estaba yo invitado á comer con la Princesa»—«me encontraba entonces en una partida de caza con los príncipes»—«el archiduque había venido á mi palco» etc. etc. Y para decir esas cosas, tenía una voz particular, velada, rápida, como indicando, con recomendable modestia, que mencionaba el detalle á su pesar, y solo por las exigencias de la narracion... Marta, en el interior de su cabeza impresionable y fantástica, comenzaba á sentirse mareada por aquel eterno vaiven de testas coronadas y nobles blasones, pues, sin contar las referencias incesantes del Baron Romberg, estaba día y noche rodeada de magestades, marqueses, condes, vizcondes, barones y comendadores.—¿Porqué la familia Valdenegros, tan encumbrada, tan opulenta, había de verse privada de ostentar un título?—Marta encontraba perfecta razon al Baron Romberg, cuando éste sostenía, como tesis de principios políticos, que una buena nobleza no es incompatible con una buena república... y el ejemplo decisivo era la República Francesa... Los republicanos no intentaban abolir los títulos... no los abolirían... Esa era la opinion del mismo Duque de Magenta, quien repetidas veces había dicho al Baron Romberg: «temo los excesos contra la Religion Católica, pero no contra la aristocracia francesa!»

Aunque poco variada, era muy alegre aquella vida de á bordo.—Durante el día, á la hora del *luncheon*; gran partida de conversacion general.—Grupos pintorescos á la tarde; y á la noche, se tocaba el piano, se cantaba, y aun, alguna vez cediendo á instancias vivísimas del Baron de Scholz, rompía festivamente el baile... Oh! delicia! oh! frenesí! cuando se tocaba un wals. Tomaba el Baron de Scholz su compañera y se ponía á dar vueltas con la violencia de un hipógrifo... Era el huracán más impetuoso que se había experimentado en el trascurso del viaje!

Llegó la víspera del día en que el Emperador debía desembarcar en la capital de su Imperio.—Para solemnizar la despedida, se resolvió, con vènia de S. S. M. M., organizar á la noche un *cotillon*.—A más de los personajes que ya se conocían, debían participar de la fiesta una familia de Río, una familia chilena y otra peruana.—Se trataba de algo sério y grande.—El Baron Romberg habia sido designado para dirigir el *cotillon*. Vidrioso encargo que tuvo al director reservado y meditabundo todo el día.—El Marqués de Fermont, siempre grave y magestuoso, encontrándose con el Conde Chozel, le decia en voz baja:—«*Ce pauvre petit Romberg!—¿Qu'est-ce qu'il a donc?—Très préoccupé du succès du cotillon!*—*C'est juste!* concluía el Conde, á quien nunca encontraban desprovisto de gravedad las circunstancias muy solemnes.... Pero aquellos presentimientos fatídicos resultaron falsos.—El *cotillon* tuvo un éxito sorprendente. La dirección del Baron Romberg fué acertadísima.—Ni un solo momento languideció la fiesta.—Hasta don Alejo Nuñez tomó parte activa en ella, y el Huracán de Scholz ascendió aquella noche á la potencia de turbión.—Cuántas y cuán calorosas felicitaciones recompensaron los inteligentes afanes del Ministro Austriaco! El los acogía con emoción discreta.... Por vía de congratulación, Marta lo invitó á gozar unos instantes del espléndido espectáculo de la noche.—Se tomaron del brazo y fueron á pasear sobre cubierta.—Parecía la atmósfera un océano tibio de rayos de luna, flotando sobre el otro océano, azulado y tranquilo como un lago. Hacia el Occidente, inmensas montañas dibujaban en el horizonte misteriosas siluetas.... El estruendo de la máquina era propicio al leve rumor de las confidencias íntimas.... No estaba el Baron Romberg del todo sorprendido por el pequeño triunfo que acababa de obtener.... Recordaba haber alcanzado igual ó mayor éxito dirigiendo un *cotillon* en las Tullerías, poco antes de la caída del segundo Imperio.... Había recibido tan delicada misión por idea y empeños de la Emperatriz Eugenia, que lo distinguía mucho.... No por sus propios méritos,.... bien entendido.... sino por recomendaciones especiales de la Emperatriz Isabel.... Tuvo Marta que resignarse aquella noche á escuchar los magníficos detalles del *cotillon* de las Tullerías!

Verificóse al día siguiente el desembarco de la familia Imperial. Maravillosas galas de una naturaleza indescriptible, prolongadas salvas de numerosas fortalezas y numerosos buques de guerra, pompas brillantes de una recepción entusiasta.... todo fué impotente para distraer á Marta de la impresión penosa que le dejaba la próxima separación de aquellos augustos personajes.... Se habia habituado á decir *Vuestra Magestad*, y sentía un vacío melancólico, pensando que ya no volvería á decirlo.... Tuvo, sin embargo, un gran consuelo. Al despedirse de ella, el Emperador le habia deslizado estas palabras: «Presagio que usted será baronesa.»—Tal pronóstico, bajado desde lo alto de un trono, resonaba como una diana triunfal en el corazón ligero, ó en la imaginación exaltada de Marta Valdenegros!—No desconocían los abuelos que el espíritu de la nieta andaba un poco alborotado con el incienso de las grandezas aristocráticas, pero se felicitaban de ello, viendo cada vez más alejado el peligro de las Alamedas.—Estando solas en el camarote, doña Emilia se permitió burlarse de Marta con esta pregunta irónica:—«¿Quiéres casarte con Jorgo Parler?—Marta soltó una de sus grandes carcajadas melódicas, y después, girando siempre en el círculo de las ideas que le traían trastornada la cabeza, respondió: «Sería un casamiento morgánico.»

Siguió su itinerario el vapor.—Languidecía la sociedad de á bordo, con la ausencia de la familia Imperial, su séquito, la diplomacia belga y otros pasajeros *d'élite*.—Marta y el Baron Romberg estrechaban sus lazos amistosos.—Ciertas cosas marchan rápidamente en viaje. Veinte días de esa vida equivalen, por la constante proximidad de los cuerpos y de las almas, á veinte meses de retraída y ceremoniosa vida urbana.... Una noche, el Baron Romberg daba la mano á Marta para bajar la escalera que con-

ducía del salón á la cámara de las señoras.... Una vez al pié de la escalera, Marta no se apresuró á retirar su mano de la mano del Baron Romberg.... Estaba sola aquella cámara, débilmente alumbrada por una lámpara opaca.... Inclínose el diplomático austriaco y besó la mano de la señorita Valdenegros, con el mismo respeto que sabia tributar á las reinas y á las emperatrices.... Pero aquel beso no tuvo trascendencia en las relaciones de nuestros dos viajeros. Llegaron á Buenos Aires sin nuevos episodios alarmantes. El Baron Romberg no pronunciaba una sola palabra de amor.—En ciertos momentos, Marta encontraba desesperante la frialdad de la sangre tedesca. Después, se consolaba pensando que no es de buen tono ser ardiente, y que los reyes se casan sin necesidad de haberse visto.... Su porvenir no le inspiraba recelos.... En las tinieblas de su camarote, al reclinar la cabeza en la almohada, no oía el estruendo de la máquina, ni el rumor de las olas... oía la voz de un emperador de barba blanca murmurando: «*serás baronesa.*»

(Continuad.)

CRISTINA

(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

—o—

IX

QUELLA noche fué para la pobre madre un largo suplicio de ansiedades y dudas. Apelo á sus relaciones, á las protectoras de las monjas, y hasta á la influencia de las autoridades eclesiásticas para conseguir que al siguiente día le permitiesen entrar hasta la celda de su hija.

Todos prometieron hacer en su favor lo que pidiesen, y alucinada con aquellas promesas, pasó la señora de Peña el resto de la noche en vela, pronta para salir así que apuntase el día.

Amaneció por fin, y la madre se echó á la calle, alentada con la triste esperanza de recojer el último beso de su hija moribunda. La madrugada era triste y risueña, llena de luz y de vida, anunciando uno de esos días calientes de Diciembre que convidan al descanso. El sol despuntaba ya por sobre las azoteas con resplandores anaranjados como si saliese encandecido de una enorme fragua, y se esparramaba por todos lados inundando el campo, el mar y la ciudad con sus avalanchas de luz, que iban poco á poco acortando las sombras que proyectaban las casas y los árboles, como enseñoreándose de todo el terreno.

La alegría se manifestaba en todas partes: en el aire, rasgado por el caprichoso vuelo de las golondrinas; en el mar, que brillaba como si una finísima malla de filigrana argentada la cubriese; en las calles, pobladas ya de transeúntes y de ruidos. Y en medio de aquella alegría de la naturaleza, iba la señora de Peña con el corazón oprimido, saltándose las lágrimas de los ojos, con el pensamiento fijo en aquella hija querida que estaba próxima á perder.

Quando llegó al Convento, todavía estaban cerradas las puertas. Rendida por el insomnio y la fatiga, se sentó en el umbral de aquella casa que guardaba su tesoro, y permaneció allí como una pordiosera esperando el momento en que de favor le habian de permitir entrar á acompañar á su hija moribunda.

Una hora después se abrió la puerta, y la pobre madre se precipitó en el vestibulo, llamó al torno, y al poco rato oyó la voz gangosa de la tornera que preguntaba:—¿Quién es?

—Soy la madre de Cristina que vengo á saber cómo está y á verla.

—No es hora todavía hermana, contestó la tornera.

—Es que para mí no puede haber horas, estando mi hija enferma—Tome; entregue esta carta del señor Obispo á la Superiora y estoy segura que me dejará entrar.

Alejóse la tornera y quedó la señora esperando llena de ansiedades, haciéndosele horas los minutos. De allí á poco, sin darle mas contestacion, abrieron la puerta del locutorio, y encontró tras de la reja á la Superiora, quien le manifestó que Cristina seguía en el mismo estado, pero que no podría verla, porque era absolutamente prohibido dar entrada al Convento á las personas profanas. Invocó la señora de Peña el consentimiento escrito del Obispo, pero á eso contestó la monja que aunque respetaba mucho la autoridad del Prelado, no podia deferir á su pedido porque antes que nada estaba la regla de la orden, única ley á que ella obedecía.

Quedó anonadada la pobre madre ante aquella negativa terminante, pero sin desesperar aún de conseguir su anhelo, empezó á suplicar, hincada de rodillas, tratando de herir las fibras del sentimiento en el corazón de aquella mujer. Pero fué todo en vano. Si la monja se enterneció ante el llanto de la madre, no lo dejó traslucir en su semblante rijido, encuadrado en la toca negra que hacia más duras sus facciones.

—Pero es una injusticia esto! exclamaba la pobre señora, la más atroz de las injusticias, porque si algun derecho hay que nadie pueda quitar, es el derecho de madre. Yo quiero estar al lado de mi hija; es mi voluntad y es mi deber. Mi hija no puede morir así en brazos de extraños, cuando á dos pasos de ella está su madre que reclama cumplir con sus deberes de tal, ya que para nada se toma en cuenta el cariño. No puede haber ofensa á Dios en permitir que una madre muera á la alcoba en que su hija se muere.

La pobre señora se exaltaba á medida que argumentaba, y en seguida, temiendo que su exaltacion enfadase á la monja, volvía á las súplicas, á las lágrimas, á la evocacion de los recuerdos que más pudieran enternecer á aquella mujer insensible al parecer.

Y entretanto las horas transcurrían. La monja se retiraba á ratos del locutorio dejando sola á la señora de Peña, que permanecía arrodillada, atenta á todos los ruidos que de adentro llegaban como esperando oír la voz de Cristina.

En la celda de la moribunda la escena no era menos conmovedora. Cristina, en el último estado de estenuacion, yacía en el lecho pálida como un cadáver, sin dar más señal de vida que en la mirada, fija en el techo, abiertos desmesuradamente los ojos como si quisiese ver el más allá á que iba á penetrar en breve. Un sacerdote sentado á la cabecera recitaba las oraciones de la agonía, mientras una monja á los piés del lecho, recorría automáticamente las cuentas enormes de un rosario, cuchicheando al mismo tiempo los rezos.

Cristina, como volviendo de su contemplacion, bajó los párpados y con voz apagada murmuró:

—Quiero despedirme de mamá.

—Olvide esos recuerdos terrenales, hermana, le dijo el sacerdote en tono de amonestacion, y sije su pensamiento en Dios, ante cuya presencia vá á comparecer.

—Quiero ver á mamá, insistió Cristina. Yo sé que está ahí, muy cerca de mí, . . . yo quiero verla.

El sacerdote continuaba murmurando las oraciones, y la monja seguía recorriendo su rosario, sin contestar á la enferma.

Era evidente que se acercaba la agonía. Cristina, indiferente á los rezos, parecía que soñaba despierta, iluminado su semblante con un tinte de gozo íntimo, vagando por sus labios lividos una sonrisa infame, como si alcanzase una dicha suprema. De repente, se desabrochó el hábito, metió la mano en el seno, sacó el retrato de Alberto, y pegó en él sus labios con un prolongado beso.

Abalanzáronse sobre la moribunda el sacerdote y la monja para quitarle aquel objeto profano, pero Cristina se asió de él con las manos crispadas, defendiendo aquel último recuerdo de su amado con la energia del avaro que defiende su tesoro.

La lucha era desgarradora. El sacerdote y la monja porfiaban por arrebatarle el retrato, amenazándola con todas las iras celestiales, y Cristina se resistía, apretando aquella imagen querida contra su pecho.

—No, no me lo quiten! gritaba en su exaltacion. Es mio, es mi Alberto,

mi amor: yo no quiero separarme de él. Mátense, pero no me arrebaten á mi querido.

Al ruido de las voces, acudieron otras monjas, y enteradas de lo que pasaba asediaron á Cristina para que entregase aquel objeto sacrilego que profanaba la santidad del claustro. Pero la moribunda no entregaba su prenda, y se debatía luchando desesperadamente, apostrofando á las que la estrechaban en torno del lecho:

—No; no me lo quiten; no me roben á Alberto! Es mio, de nadie mas que mio! . . . Ladrones! ladrones. . . . Madre querida! . . . madre querida!

La pobre madre no la oía. Prostrada en el suelo del locutorio, renovaba sus súplicas cada vez que aparecía tras de las rejas alguna monja. Notando que una de ellas se enternecía más que las otras ante sus ruegos, la asedió con sus lágrimas, implorándole que le concediese aquella única gracia de ver á su hija.

—No puedo, hermana, le contestó la monja casi en secreto, como temerosa de que otras la oyesen.

—Entonces un favor, un solo favor. Vaya á la celda de mi hija, dele un beso y dígame que se lo manda su madre, que está aquí ansiando verla; y vuelva hermana, vuelva á decirme lo que mi hija me contesta; traigame su última palabra. . . . se lo pido por lo que mas haya querido en este mundo, por su buena madre, por sus hermanos. . . .

La monja se retiró ocultando una lágrima que no habia podido contener, y quedó la señora de Peña esperando su vuelta con anhelo, con el mismo anhelo con que horas antes esperaba que le permitiesen ver á su hija.

Mientras tanto, Cristina seguía en la lucha, defendiéndose con la energia que le daban las crispaciones de la agonía. Las monjas rezaban oraciones de desagravio por la profanacion de aquel recinto sagrado, mientras el sacerdote, tomando las manos de la moribunda, pugnaba por desasírselas para ampararse del objeto sacrilego. Por fin logró arrebatarlo.

Cristina se incorporó en el lecho, estendió los brazos en la direccion en que llevaban á su querida reliquia, y con un grito desgarrador, exclamó:

—Alberto!

Fijó la vista en el sacerdote, llevó las manos á sus sienas azuladas, y cayó violentamente sobre las almohadas sin hacer un solo movimiento.

El sacerdote se arrodilló, y dirigiéndose á las monjas que presenciaban aquel doloroso cuadro, dijo:

—Roguemos, hermanas, por el eterno descanso de Sor Maria de las Mercedes.

La pobre madre esperaba en tanto la vuelta de la monja á quien habia confiado la mision de llevar un beso á su hija; y esperaba con el corazón presa de mortales ansiedades, atisbando todos los ruidos, siguiendo con la vista todas las sombras que cruzaban por el vano de la puerta que daba al claustro, queriendo oír en aquellos ruidos y ver en aquellas sombras algo que le hablase de su Cristina.

Oyó pasos agitados que iban y venían por el enlozado del claustro, creyó percibir un grito agudo cuyo eco repercutió en su alma, y en seguida todo quedó en silencio, en un silencio solemne como el que preside en todas las desgracias. La señora de Peña quedó reconcentrada en su dolor, mirando fijamente á la puerta por donde esperaba el retorno de la mensajera que habia de llevarle un acento de cariño de su hija.

Pero antes que la mensajera llegó á sus oídos el tañido destemplado de las campanas de la iglesia, que vibró en el silencio con funebres acentos. Al eco de aquel sonido, la madre despertó como de un sueño, se puso de pié, abalanzóse á la reja del locutorio, y sacudiéndola nerviosamente con sus manos crispadas por el dolor, gritó:—

—Hija mía! hija del alma!

Al día siguiente, la capilla del convento era pequeña para contener la concurrencia que invadía su estrecha nave, renovándose á cada mo-

mento, Poco de religioso tenia aquel acto. Las señoras cuchicheaban entre sí haciendo comentarios sobre el suceso que allí las reunia, y con ese motivo renacia la historia de los amores de Cristina Peña con Alberto Conde, enriquecida ya con mil incidentes nuevos que la hacian más dramática y conmovedora.

Tras de la reja del coro, en aquel mismo sitio en que dos años ántes habia aparecido Cristina Peña vestida de novia para hacerse desposada de Cristo, se vela ahora á Sor Maria de las Mercedes, descarnada y rígida, acostada dentro de un feretro, iluminada por el triste resplandor de seis cirios que la rodeaban.

Estaba tendida sobre un lecho de flores, no más blancas que su rostro nevado por el frio de la muerte; los labios secos y pálidos, los ojos vidriosos y fijos, las manos de cera cruzadas sobre el pecho inmóvil y hundido, como si las sombras del claustro hubiesen secado las ondas de vida que encrespa el turbion de las pasiones, y mueren en la lúgubre calma del desencanto.

Pobre niña! Murió de amor, como las heroínas de los romances. L pobre niña estaba muerta hacia tres años, desde el día en que supo que su prometido ya no existia. Aquel día acabaron para ella todas las ilusiones, todos los halagos, todas las afecciones. El muerto mató todos los sentimientos de la mujer, de la hija, de la hermana, y ni el ruego de sus padres, ni las caricias de todos los seres queridos que la rodeaban, fueron bastantes á despertar un solo eco de simpatía á las súplicas que le hacian. En aquel organismo solo quedó vivo el egoismo de la pasión, y fué ese egoismo el que llevó á Cristina al claustro, tumba de vivos en la que yacen los seres unos junto á otros, tan indiferentes como yacen los muertos reunidos en un mismo panteon.

Allí no hay madres que supliquen, ni hermanas que lloren, ni amigas que consuelen. Allí solo hay fanáticas por egoismo ó fanáticas por ignorancia. La poltronería de unas, el desencanto de otras, y la falta de inteligencia en algunas, determina la existencia de esas agrupaciones estériles, organismos neutros en la lucha por la vida, instituciones antihumanas que secuestran á la especie seres que le serian útiles, y al propio tiempo fomentan la ruptura de los vinculos que ligan á la familia, base única de la sociedad.

Allí se enterró Cristina, y para concluir con el último reato que al emparentaba con el resto de los vivos, dejó á la puerta del claustro el nombre con que recibió las primeras caricias de la madre, que le recordaba el acento de los consejos paternales, que le traía á la memoria la alegre algarabía de sus hermanitas, y se llamó Sor Maria de las Mercedes—¿qué le importaba el nombre á la que dejaba de ser hija, hermana y amiga?

Pobre Cristinal! Pronto se arrepintió de su resolución al encontrarse rodeada de seres indiferentes, para quienes su pasión era un pecado, y su dolor un estorbo que iba á enturbiar la plácida tranquilidad en que vegetaban aquellas monjas ajenas á toda contrariedad, felices en la cómoda holgazanería en que viven quietas, muy limpias, muy mimosas, alimentándose con rebuscadas golosinas y viviendo en un ambiente perfumado con zahumerios delicados.

Sor Maria de las Mercedes habia sido una mujer inteligente. Se le recuerda todavía, alegre y risueña en los teatros y paseos, con sus grandes ojos negros, de esos que parecen tener tras del cristalino un foco de luz que hace irradiar destellos brillantes que se ven, como se ven los rayos de sol á través de los resquicios de una puerta. No la realizaba una estatura gentil, pero era admirablemente proporcionada, de carnes redondas y mullidas, el talle esbelto, y el seno dibujaba una graciosa curva que moria en el arranque de su garganta blanca y torneada.

Por aquellos ojos entró el filtro misterioso de la pasión que la llevó á la tumba. Era la prometida de un joven apuesto, de barba y cabellos negros como sus ojos, el rostro moreno y opaco, impresas en él ya las huellas de esa terrible dolencia que hace desprender la vida del cuerpo en la misma estacion en que el viento desprende las hojas de los árboles. Fué á los trópicos en busca del calor que necesitaba para vivir, y ese mismo calor agostó la poca savia que alimentaba su débil organismo.

Pobre Cristinal! Ni una lágrima en torno de su lecho de agonía, ni un beso que diera calor á los labios frios por donde la vida se le escapaba, ni una mano que estrechase la suya en esos instantes supremos en que el moribundo se aferra con crispaciones nerviosas á todo lo que tiene vida, como buscando amparo contra el fantasma de la muerte que pugna por llevar á su presa. Allí murió en silencio, sin que el llanto de la madre y de las hermanas turbase el misterio de la celda. La moribunda no vió á su lado más que á la monja que hacia la guardia, indiferente en su egoismo, contrariada por la alteracion de sus hábitos cotidianos, obligada á velar cuando podia estar, como las otras, rebujada dentro de sus mullidas frazadas.

Y á la cabecera, el fraile que rezongaba sus oraciones, y prodigaba los consuelos recitados de coro, con la inconciencia con que un muchacho repite una lección, ajeno á todo sentimiento, ayudando á bien morir con la misma indiferencia con que el enterrador cava la sepultura, sin importársele del muerto.

La moribunda habia dejado de respirar. El fraile cerró su breviario, como instrumento inútil ya; una monja entrelazó las manos de la muerta sobre el pecho, sujetando entre los dedos un crucifijo, y á la madrugada entraron en la celda todas las habitantes del claustro, con paso rático, curioseando con ávidas miradas el lecho en que yacía Sor Maria de las Mercedes—Unas le arreglaban los vestidos, otras le acomodaban la toca, y las demás andaban muy afanadas preparando la decoración mortuoria del templo en que habian de velar el cadáver.

Sor Maria de las Mercedes no habia cuidado altares, ni idolatrado santos. ¿Qué le importaba á ella de todas aquellos semi-dioses en cuya contemplacion se estasiaban sus compañeras? Su Dios era su novio muerto; su altar era el recuerdo constante con que rodeaba la imagen grabada en su memoria. Ella se hizo monja solo para vivir donde nadie interrumpiese sus amorosas cavilaciones. El Cristo con quien ella se desposó fué el recuerdo de su prometido. Mientras las otras recitaban tras de las tupidas rejas del coro sus oraciones místicas, ella se entregaba al pensamiento del hombre en que habia cifrado sus esperanzas de felicidad, tronchadas por la mano implacable de la muerte.

Así vivió desde que perdió á su novio, y así murió fija en aquella idea, ahogados en ella todos los sentimientos, para no alimentar más que el de su pasión. Ni padre, ni madre, ni hermanas, ni amigas, ni encantos, ni aspiraciones. Solo en el claustro podia encontrar un refugio para seguir viviendo reconcentrada en su egoismo, y allí se encerró, para vivir con otros seres como ella, desligados de todo vinculo, de toda afección, de todo encanto, que no la importunasen con súplicas, ni la distrajesen con cariños.

Nacida para el amor, para los goces de la vida, Cristina Peña no podia vivir en aquel ambiente de indiferencia y egoismo. No pudiendo romper los lazos que la ataban al claustro, rompió los que la vinculaban á la vida, y murió sola, sin arrancar en su torno una lágrima, ella, que hubiera podido vivir al calor de los cariños que le ofrecian los seres á quienes estaban ligada por la sangre y por el afecto.

Ya están marchitas las flores que echaron sobre su fosa recién cavada, y esas flores no serán renovadas, porque á la tumba de la monja no pueden llegar ni la madre ni las hermanas.

No quedará de ella más que su recuerdo en el corazón de los que la amaron, y su sitio vacío en torno de la mesa del refectorio, mientras las otras monjas seguirán vegetando en su egoismo, hasta que les lleve el momento de exhibirse á los ojos de los profanos, tiesas y rígidas sobre una mesa tapizada de flores blancas, como su rostro nevado por el frio de la muerte.

FIN

Corazon de Piedra

YO ablandaré su corazon de piedra,
Y ella será de mi pasión esclava,
Como la roca de la astuta hiedra,
Como el volcan de la rugiente lava;

Yo haré que sienta del amor fecundo
La intensa llama que abrazó mi frente
Cuando soñé para mi amor un mundo
Dulce como ella y como Dios sonriente.

Mas si no cede su desdén al ruego
Y se levanta entre los dos su orgullo,
Como la lluvia de un amor de fuego
Inundará mi corazon al suyo.

En vano, en vano luchará la ingrata
Por romper con un golpe su cadena;
Ella no sabe que el dolor no mata
Cuando la copa del dolor se llena.

Ella no sabe que la pena mia,
Como la espuma que el peñasco azota,
Puede triunfar de su desdén un día
Cayendo en el peñasco, gota á gota.

LEOPOLDO DIAZ.

EL ÁNGEL

Tengo cerca de mí, tallado en mármol,
Íntimo confidente de mis ansias,
Un ángel que repliega silencioso
Sobre su inmóvil pedestal las alas

Parece sumergido en la penumbra,
Que medita tal vez en otra patria:
¡Tan dulce es su ademán y tan intensa
Sed de cielo refleja en su mirada!

Quando extienden las sombras en girones
Sus velos funerarios por mi estancia,
Hay algo que palpita y se estremece
En las fibras de piedra de la estátua.

Quando un rayo de luz hiere su frente
Como un recuerdo que ilumina el alma,
Se siente un resplandor desconocido
Que brilla en su interior como una lámpara

Y si un suave destello de la luna,
Ave viajera de las plumas pálidas
Que vuela sin cesar, besa su rostro
Como al amante tímido su amada,

¡El ángel palidece... se diría
Que oscila lentamente y se levanta
Como la hoja del árbol cuando siente
El ósculo de luz de la mañana!

LEOPOLDO DIAZ.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 10

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas

Negras

D 3 R (jaque)

R toma D

C 5 AR (jaque)

R 6 AR

Enroca (mate)

Este problema, como lo han hecho notar algunos, se presta tambien á otra solución que es la siguiente:

Enroca (jaque)

R toma C

D 1 R (jaque)

R toma P

A 5 A R (mate)

Enviaron la solución El Duende, Eduardín, Artemus, Un aspirante á Presidente, C. M., y Un desconocido.

CHARADAS

1.º *Canario*—2.º *Patata*—3.º *Homóplato*

Las tres fueron descifradas por Una Floridense, Un aspirante á Presidente, F. Mitre, Mamboretà (de Santa Lucía), Paloma, J. C. Punchetti, A. Manecha Recalde, Cagliostro, Picazo y Becerranza, Miretito, y Paso Profundo.

FUGA DE VOCALES

*Una huérfana hermosa que se embriaga
Con la virtud que Dios le dió; un judío
Que vende esa virtud al vicio impio!
¡Al oro del primero que la pagal*

FUGA DE CONSONANTES

*¡Una noche sin luz triste y aciagal
Una traicion; un lupanar sombrío;
Un vil marqués de corazon más frio
Que el acero cortante de una daga;*

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

*Una marquesa que segundo padre
Dió á los hijos que adoran al primero;
De un pirata el valor; de un caballero
La boda; la venganza de una madre!
¡El odio que al vencer bate las palmas!
¡Al mar, dos cuerpos; ante Dios, dos almas!*

(Soneto del señor Narasco S. Parodi inspirado en el drama de Echegaray «Mar sin orillas.»)

Descifraron las tres fugas: Un aspirante á Presidente, Cagliostro, y Paso Profundo.

La de vocales fué descifrada por Picazo y Becerranza, Paloma, A. Marecha Recalde, y Mamboretà (de Santa Lucía.)

FUGA CAPRICIOSA DE LETRAS

*Cuentan de un sabio que un día
Tan pobre y misero estaba
Que solo se alimentaba
De unas yerbas que comía.
¡Habrá otro, entre si decía,
Más pobre y triste que yo!
Y cuando el rostro volvió
Halló la respuesta viendo
Que otro sábio iba cogiendo
Las hojas que el arrojó.*

La descifraron Picazo y Becerranza, Cagliostro, Un aspirante á Presidente, Paloma y Paso Profundo.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

1.º *Drogueria*—2.º *Cerdmen*—3.º *Andurrial*—4.º *Travieso*

Algunos han presentado tambien como solución de la 1.º la palabra *Aguerrido*; de la 2.º *Mercante*; y de la 4.º *Evaristo*.

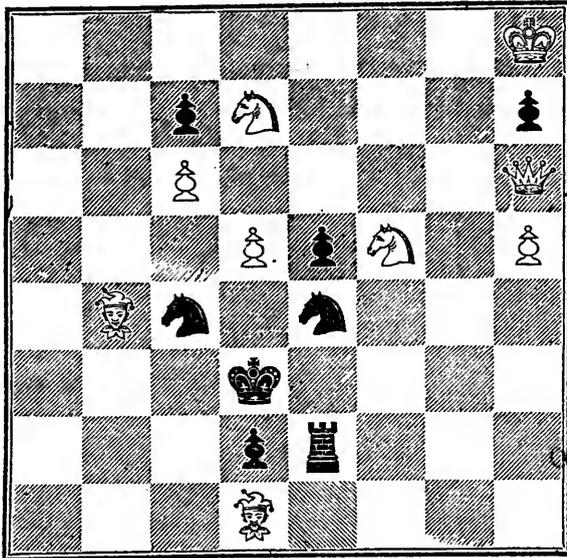
Cagliostro envió solución de las cuatro; Un aspirante á Presidente de la 1.º, 2.º y 4.º; y Mamboretà (de Santa Lucía, la de 1.º y 2.º.

GEROGLÍFICO N. 10

*Con la misma rapidez gana el jóven general los patacones que
tiene y su grado militar.*

Lo descifraron Cagliostro, Un aspirante á Presidente, A. Manecha Recalde, y F. Mitre.

Problema de Ajedrez por M. Demazure
NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

CHARADAS

De la luz que te colora,
Del aire que te circunda,
tengo niña á toda hora
Prima y segunda.

Deja á un lado ese rigor,
Y aunque de alegría muera,
Dame en pago de mi amor
Dulce *tercera.*

Si te apiadas de mi pena,
Yo cantaré tus portentos
En *segunda* y *cuarta* amena
Con gran contento.

Y aun oculta trás el *todo*
En noche de clara luna,
Yo heberé tus miradas
Una por una.

FUGA DE VOCALES

.nt.rr.r.n—p.r—l.—t.r.d.
l.—h.j.—d.—J..n—S.m.n;
y—r.—l—b..n—J..n—n—l—p..bl.,
.l—n.c.—nt.rr.d.r
.l—m.sm.,—s.—pr.p.—h.j.
.l—c.m.nt.r.—b.j.:
.l—m.sm.—l.—br.—l.—z.nj.,
m.rm.r.nd.—n.—r.c.n

FUGA DE CONSONANTES

..o.a.o—o.o—u.—i.o,
.e.—e.e.e.io—aió
.o.—a—e..ue..a—c.—u.a—a.o
—e.—e.—o..o—e.—a.a.o.

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

A.—v.r.e—e—r.g.n.a.a.:
¿D.—d.n.e—i.n.s,—i.o.?
Y—l,—n.u.a.d.—l.s—j.s,
.o.t.s.a.a.—m.d.a—o.:
S.y—n.c.r.d.r,—v.n.o
e—n.e.r.r—i—o.a.o.

SALTO DE CABALLO

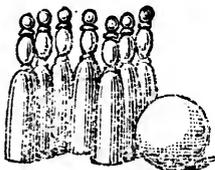
| | | | | | | | |
|------|-------|-----|------|------|------|------|-----|
| tie | El | flo | No | tus | tro | Y | dré |
| las | e | nen | as | res | po | o | bri |
| res, | que | i | te | jos | es | nun | per |
| se | ves | n) | lo | El l | jos | llan | Qué |
| ro | lo | cau | ris | que | ber, | las | ca |
| sua | en 64 | aun | mi | a | A | Cuan | te |
| co | Pe | mi | ro | tje | me | sa | la |
| bi | mas | ne | zul. | ran | mar | luz, | do |

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

GEROGLIFICO NÚMERO II



R DEL LO



M



L

